

LEANDRO NAVARRO PÉREZ, UN HIJO ADOPTIVO EN LA MEMORIA DE MORA

Por JOSÉ SALVADOR NÚÑEZ MORALES

Comenzaba el siglo xx y la población de Mora, la mayor localidad de la provincia de Toledo junto a Talavera de la Reina, languidecía viendo cómo su principal riqueza, los olivos, perdía fuerza en muchas de sus zonas, con lo que poco a poco estos árboles, tan mediterráneos y llenos de vida, se iban volviendo improductivos. La causante del desastre era una plaga que desde hacía algún tiempo impedía que los olivos, enfermos, dieran los frutos que de ellos se esperaban. Las expectativas eran muy malas y no se veía el final de tanto daño. A medio plazo, la meta era la falta de trabajo, y con ello la pobreza, pues con el tiempo no habría frutos que recoger, ni aceitunas que moler, ni aceite que fabricar.

El alcalde de Mora, Vicente Pérez Curbelo, junto con los demás miembros de la corporación municipal, propietarios de los olivares y otras muchas personas del pueblo, especialmente aquellas cuyo trabajo estaba unido al olivo, mostraban una gran preocupación por una situación que, año tras año, cosecha tras cosecha, iba empeorando.

Los remedios que se intentaban no daban resultado, y ya no sabían cómo hacer frente a tanta desgracia. Así las cosas, decidieron ponerlo en conocimiento del Ministerio de Fomento, que en esta ocasión estuvo a la altura de las circunstancias, y en la mayor brevedad posible envió a Mora, para tratar de solucionar el problema, a dos ingenieros agrónomos que dicho Ministerio consideró que estaban capacitados para atajar el mal: Ramón Rodríguez Martín y Leandro Navarro Pérez. Ambos se encargaron de realizar sobre el terreno las primeras investigaciones y estudios sobre los olivares dañados, siendo Leandro el que llevaba la mayor responsabilidad sobre sus espaldas en esta complicada tarea, y quien a la postre, en una segunda intervención, erradicó la terrible plaga con un remedio efectivo y contundente.

Es tanto lo que Mora le debe, que bien merece ser conocido por todos los que somos y nos sentimos morachos. Desde hace muchos años tiene dedicada una calle, y ni el paso del tiempo, ni los cambios de todo tipo que ha habido en la población, con periodos muy difíciles, han sido capaces en ningún momento de que esa calle, la que popularmente llamamos *del Mercado*, tuviera otro nombre que no fuera de Leandro Navarro. ¡Cuánto hemos transitado por ella sin ni siquiera preguntarnos, por curiosidad, quién sería para que su nombre estuviera permanentemente ahí escrito...! Y en pleno centro de Mora...

Los que siguen son algunos datos de la vida de este hombre ejemplar, que con sus conocimientos, entrega y dedicación, sacó a nuestro pueblo de una difícil situación, e hizo posible que, junto a sus olivares, superara una fase crítica que, sin su intervención, solo hubiera tenido un único camino: la miseria.

Leandro Navarro Pérez era natural de Tarazona, una importante población de la provincia de Zaragoza. Nació el día 13 de marzo del año 1861. Era hijo de Nicolás Navarro Ruiz y de Mauricia Pérez Santas. Tuvo dos hermanos: Félix, que fue un notable arquitecto, con importantes obras en Zaragoza y Barcelona, y otro llamado Pío, del que no tenemos información. Leandro realizó los primeros estudios en su localidad natal, Tarazona, siguiéndolos después en Zaragoza y obteniendo el título de ingeniero agrónomo en la Universidad de Madrid.

Una vez terminada la carrera, fijó su residencia en la capital del Estado, siendo profesor de la Escuela Especial de Ingenieros Agrónomos, y director de la Estación de Patología Vegetal de dicha ciudad, institución dedicada al estudio de las enfermedades que afectan al mundo vegetal. Casado con María Benet Coromina, vivió con ella en Madrid, en el número 46 de la calle de Ferraz.

Ignoramos cuántos hijos tuvieron, pero sabemos que uno de ellos, llamado también Leandro, como su padre, y con los apellidos Navarro y Benet, fue comediógrafo, alcanzando merecida fama en su época con varias de sus obras, algunas de las cuales fueron llevadas al cine: *Veinte mil duros*, en el año 1936; *Los hijos de la noche*, en 1939, y *El hombre que las enamora*, en 1944. Otras numerosas piezas suyas fueron representadas en los teatros. De estas, tuvo mucho éxito *Secretos de alcoba*.

Leandro Navarro Pérez fue un hombre muy activo, y se hizo presente en muchos campos españoles con problemas agrícolas. En el término murciano de Cehegín trató las enfermedades de los cañamos. En el de Mora, combatió lo que popularmente conocemos como la *arañuela*.

Escribió varios libros con los informes sobre las enfermedades de las plantas y árboles que trataba. Estos fueron publicados en su día por el Ministerio de Fomento. Uno de ellos fue *Las enfermedades de los cáñamos en el término municipal de Cehegín en Murcia*. A los trabajos realizados en Mora dedicó dos libros. El primero de ellos fue *La plaga de los olivares*, sobre su actuación en los años 1907 y 1908 para exterminar los insectos que dañaban el olivo. El otro, *Fumigación con el ácido cianhídrico*, data de 1912, y en él describe dicho procedimiento y las experiencias realizadas en los olivares de Mora.

Otras obras suyas son *Nuevas aplicaciones y Las enfermedades del olivo*. Dio charlas, que luego plasmó por escrito, como *Conferencias agrícolas relativas a asuntos entomológicos*, sobre agricultura, silvicultura, ganadería, caza y pesca.

Fue colaborador de varias revistas relacionadas con el campo, entre ellas el semanario madrileño *El Progreso Agrícola y Pecuario*, una publicación de especial relevancia, puntera en su género y en su época.

Durante su estancia en Mora entabló amistad con varios vecinos (se le nombró socio honorario de la Sociedad Protectora), dejando en todos ellos un recuerdo imborrable por su gran personalidad y entrega. En uno de los libros menciona a algunas de estas personas llamándolas «mis amigos». Su carácter abierto, su entrega en el trabajo, y su empeño en encontrar, por encima de todo, una solución al grave problema que se planteaba, hicieron que su recuerdo quedara marcado allí donde acudía.

El día 25 de junio de 1913, siendo alcalde de Mora Helí Gómez del Campo, se le dedican en un pleno del Ayuntamiento palabras llenas de agradecimiento por sus «desvelos y gran interés» para acabar con la plaga de los olivos. En este mismo acto, se decide nombrarle Hijo Adoptivo de nuestro pueblo. Se acuerda comunicar este nombramiento al Ayuntamiento de Tarazona. El día 11 de julio, en un pleno celebrado en esa población aragonesa, se da cuenta de la noticia recibida de Mora, dando las gracias por «tan honrosa distinción». El 23 del mismo mes, en el pleno celebrado ese día en el Ayuntamiento de nuestro pueblo, «se da lectura a un oficio, de la Alcaldía de Tarazona, en el que se testimonia la gratitud de aquella ciudad por la distinción hecha por esta Corporación Municipal nombrando Hijo Adoptivo de esta población al Sr. Ingeniero Don Leandro Navarro Pérez».

Tras incansables años de trabajo, conferencias, clases en la Universidad, viajes, etc., falleció en Madrid, el día 15 de junio de 1928, en la casa en la que vivió durante mucho tiempo, en el número 46 de la calle de Ferraz, que debía ser un piso dependiente de la

Escuela de Ingenieros Agrónomos, pues, su viuda, María Benet, y el resto de los familiares, poco después del fallecimiento de Leandro se trasladaron (el día 2 de octubre, ya estaban allí) al número 3 de la calle de la Libertad, cercana a la Cibeles.

La noticia de su muerte movilizó a las gentes de Mora para mostrar el último agradecimiento a quien tanto hizo por sus olivos. Santiago Fernández y Contreras, padre de los Pombo, publicó un sentido artículo de despedida, en *El Castellano*, periódico de la provincia de Toledo muy popular en aquella época. El escrito está firmado el 30 de junio de 1928.

La Sociedad Protectora envió una carta dando el pésame a su viuda, María Benet, la cual contestó con palabras muy agradecidas. Entre otras cosas decía: «No sé cómo manifestarles a Vds. mi agradecimiento y al pueblo de Mora, por quien mi marido sentía gran cariño y simpatía».

Mora celebró solemnes funerales por el ingeniero fallecido, y se repartieron notificaciones de tal acontecimiento a las distintas entidades de la población. Una de ellas la envió Juan Laveissiere Benéytez, entonces Presidente del Sindicato Agrícola de Mora, «a la Junta Directiva de la Sociedad Protectora y a todos sus asociados». En ella, se invita «a los solemnes funerales que por el alma del sabio ingeniero Ilustrísimo Sr. D. LEANDRO NAVARRO PÉREZ, se celebrarán en la iglesia parroquial de esta villa el día 2 de julio de 1928 a las 9 y media de la mañana».

La muerte de Leandro conmovió a toda la población, y de manera especial a quienes estuvieron junto a él en aquellos difíciles días en que la economía de Mora corría el grave riesgo de venirse abajo.

Desde su fallecimiento, sus restos descansan en una sencilla tumba, junto a su esposa, María, en el madrileño cementerio de Nuestra Señora de la Almudena.

La relación entre Leandro Navarro y Mora comenzó en el ya lejano 1907. El año está llegando a sus momentos finales, y la nueva recolección de aceituna, próxima a comenzar. En nuestro pueblo hay una gran preocupación, pues haciendo un recorrido por los distintos olivares de la zona se observan diferencias muy grandes entre aquellos que están sanos y los que se encuentran invadidos por una enfermedad que nadie sabe cómo combatir. La plaga se extiende sin cesar, bajando desde las laderas de la

sierra hacia el llano, en una marcha sin fin. Los rudimentarios remedios que los agricultores utilizan se estrellan ante la voracidad de aquellos pequeños insectos, conocidos vulgarmente con el nombre de *arañuela*.

Las zonas más afectadas se sitúan, casi todas, alrededor de las sierras: las Palmillas, el Morejón, la Cañada Vieja, la Solana, la Rabera, los Molodros, las Mesas, la Loba y los Molares. En todos estos pagos las pérdidas son cuantiosas.

A lo largo de ese año, 1907, el alcalde, Vicente Pérez Curbelo, las demás autoridades y los olivareros se han puesto en contacto con el Ministerio de Fomento pidiendo ayuda para combatir la enfermedad que asola los olivos. La respuesta no se hace esperar demasiado, y el día 25 de octubre de ese mismo año una Real Orden establece que la petición del pueblo de Mora, y otros que le rodean, sea atendida. Pocos días después, el 30 de noviembre, se nombra a Leandro Navarro Pérez, ingeniero agrónomo, para que se ocupe de ello, cosa a la que accede gustoso, trasladándose unos días más tarde al pueblo, junto a Ramón Rodríguez Martín, de la misma profesión que Leandro.

Una de las primeras labores que realizan es ver a qué variedad pertenecen los olivos de la zona. Tras una meticulosa observación, llegan a la conclusión de que se trata de la especie *cornezuelo*, muy similar, casi idéntica, a la llamada *cornicabra*, con tan pocas diferencias entre ambas, y tan poco remarcadas, que en muchas zonas de España es muy difícil distinguirlas y se encuentran totalmente confundidas con una u otra denominación. Ven también que hay algunos olivos, no muchos, de *manzanilla*, *sevillanas*, y alguna más de las llamadas *de agua*.

Una vez aclarado este asunto, recorren los distintos pagos observando el grado de importancia de la plaga, acercándose también al vecino pueblo de Orgaz, cuyo alcalde, Ramón Perea, estaba bastante preocupado. Tras un concienzudo estudio de los olivos de esta población, llegaron a la conclusión de que la enfermedad había calado poco en ese municipio, y no tenía absolutamente nada que ver, en magnitud, con lo que había en Mora. Así pues, dieron unas instrucciones muy precisas para que en Orgaz se atajara el mal de raíz, y se centraron totalmente en nuestro pueblo, que aquí sí que había muchos olivares enfermos, y debían ser tratados a conciencia, buscando un remedio que fuera lo más contundente posible.

Se quería hacer un estudio detallado del entorno, así es que se inició por donde parecía que empezaba la enfermedad, es decir, las faldas de las sierras. Éstas estaban llenas de unas plantas conocidas en la zona con el nombre de *canillas*, que no tenían utilidad alguna, pues no servían ni siquiera como alimento para el ganado. Al observar-

las detenidamente cundió el pánico, ya que en ellas había muchos parásitos de la misma familia de la temida *arañuela*. Se pensó que podían dañar al olivo, pues el acceso a estos árboles era muy fácil, ya que abundaban en el suelo que los olivares ocupaban en las laderas de las sierras. Afortunadamente, pronto descubrieron que esos insectos eran totalmente inofensivos, y que no harían daño a tan preciado árbol. Esta noticia fue un respiro muy grande para todos, pues ya podían centrarse de lleno en los insectos que atacaban las hojas, luego las flores, y por último los frutos, dejando estériles los árboles.

Tras observar por encima la evolución de los insectos, pasaron a una observación mucho más minuciosa. Había en aquel entonces unos sueros, para curar diversas enfermedades, llamados CEA. Estos venían en unos tubos de cristal afinados por los dos extremos. Se pensó que desalojando el líquido, y poniendo en su interior unas ramitas de olivo infectadas, se podría seguir bien el desarrollo de los insectos y su repercusión sobre aquel. El suero se vendía en las farmacias, y fue el farmacéutico Marceliano Barbudo el que los proporcionó. Ahora había que colocar los tubos en árboles lo más infectados posible. Hubo varios ofrecimientos, y al final, se decidió situarlos en el Morajón, en un olivar propiedad de Antonio Cabrera, en el tejár de Zacarías Millas, bisabuelo de Marcos Millas (dicho tejár se encontraba en la calle de las Huertas, en el mismo lugar donde mucho tiempo después estuvo la fundición de los Santacruz, que tantos puestos de trabajo dio a Mora), y, por último, en algún olivo que había en la casa de Felicia Núñez. Al cabo de un tiempo, se dieron cuenta de que los tubos debían tener las bocas más anchas, y los cambiaron. Los propietarios de los tres lugares escogidos observaron, día a día con gran interés, el desarrollo de los insectos que se encontraban en las ramitas, y dieron a Leandro toda la información que pensaban tenía interés y podía ayudar en la investigación.

Había entonces una Junta de Labradores, presidida por Pedro Antonio Carrillo, una persona muy activa que descubrió, en el mes de junio de 1908, en el pago del Morajón, unas cuantas ninfas (uno de los estados del desarrollo de los insectos) que se encontraban debajo de las cortezas de los árboles. Este lo puso en conocimiento del gran ingeniero. Tras una minuciosa observación, vieron que al pasar de larvas a ninfas, estos insectos se refugiaban debajo de las cortezas más externas de los troncos añosos, haciéndolo también en las mal podadas, y sobre todo, en las verrugas de los árboles. Se refugiaban igualmente en las telas con que se tapaban los tubos, en los que metían las ramitas infectadas. A comienzos del verano se vieron ya insectos perfectos que habían llegado al final de su transformación. Hay una postura de huevecillos, y

todo sigue el mismo proceso, hasta tres generaciones apoyadas por el calor del verano. En todas estas observaciones jugó un papel muy importante el ya mencionado Pedro Antonio Carrillo. Éste observó más adelante que aunque estos insectos tenían alas, no las utilizaban ni para huir del fuego.

Cuando a finales de 1907, en diciembre, empezó todo este trabajo, se intentó atajar la plaga con algunos insecticidas, pero los insectos, refugiados bajo la corteza, en las verrugas, en los repliegues, en algunos corredores hechos por otros insectos, etc., estaban muy protegidos de los efectos de dichos pesticidas.

Conociendo ya cómo actuaba la arañuela, Leandro Navarro y Ramón Rodríguez dieron una conferencia en el teatro para informar de todo lo que se había descubierto y cuál era el causante de los daños que los olivos padecían. Ambos ingenieros observaron el espíritu abierto de las gentes de Mora y su afán de saber la causa de aquel desastre, atendiendo a las explicaciones que se les daban, mirando por el microscopio, viendo láminas, etc. Tras esta información se pasó, al día siguiente, a la acción, haciéndose una poda especial en algunos olivos, algo diferente de lo habitual en la zona. De esta manera quedaban en el árbol menos refugios. Otras cosas que había que quitar eran las verrugas, para evitar que se refugiaran en ellas. De esta manera, al no tener un lugar donde cobijarse, las larvas y ninfas quedaban al descubierto, permitiendo que los insecticidas adecuados fueran más eficaces, impidiendo a la arañuela que pudiera desarrollarse.

Como uno de los lugares donde se refugiaban las larvas era en las verrugas, y algunos olivos tenían muchas, se pensó en dar, en cada una de ellas, una capa de algo consistente, y que al mismo tiempo fuera eficaz y no encareciera la operación. Planteada la cuestión, el alquitrán podía ser la solución, pues reunía las condiciones de ser bastante impermeable y barato. Así se hizo, y muchos, por no decir todos los agricultores morachos, embadurnaron con tal sustancia las verrugas de sus olivos, con muy buenos resultados.

Una vez realizado lo anterior y antes de proceder a utilizar los insecticidas, se vio que podía ser muy útil agitar el árbol, tendiendo unas cuerdas por las ramas más altas y poniendo debajo unas mantas para recoger los insectos y después eliminarlos.

Llega ahora el momento de los insecticidas, y entonces los más eficaces eran el Lisol, el Isal y el Zotal. Estos «tres insecticidas se emplearon en las experiencias con éxitos satisfactorios». Como los insectos en estado de proninfa buscaban refugiarse entre la corteza del árbol, se pensó que utilizando un descortezador aquellos quedarían al des-

cubierto y se podría echar sobre ellos el insecticida correspondiente. La prueba se hizo con un descortezador propiedad de Helí Gómez del Campo, con resultados inmejorables.

Una vez realizadas estas experiencias, Leandro Navarro pasó a comunicarlas a las gentes de Mora, haciendo uso de la palabra, en primer lugar, el alcalde Vicente Pérez Curbelo, y desarrollando después el propio Leandro todo tipo de explicaciones y respondiendo a cuantas dudas surgían.

Esta primera fase tuvo lugar desde finales del año 1907 hasta muy avanzando el 1908. Muchos morachos participaron, junto a los ingenieros, en la búsqueda de soluciones, aportando datos que pudieran ayudar, y sobre todo observando mucho. En este campo destacó, entre otros, Pedro Antonio Carrillo, presidente de la Junta de Labradores de Mora. Dicha Junta estaba formada por este último, Galo Cervigón, Ambrosio Gómez, Antolín Rey de Viñas, Martín Ramírez, Helí Gómez del Campo y algunos más cuyos nombres desconocemos. Tuvo también una importancia especial Estanislao Jiménez, que, en su papel de capataz, fue un gran informador, y abasteció de datos precisos a Leandro, el cual se enorgullecía de contar en Mora con auténticos amigos, entre ellos, Vicente Pérez Curbelo —alcalde de la población—, Plácido Álvarez, Marcelliano Barbudo, Pedro Antonio Carrillo, Alfredo Partearroyo... Y otros muchos que, aunque el paso del tiempo ha ocultado sus nombres, estuvieron en su día junto a él y lucharon por desterrar tan terrible plaga.

En los años que siguieron, los contactos entre Leandro y Mora continuaron (él daba clases en la Universidad de Madrid), pues desde que vino por primera vez a nuestro pueblo, siempre se interesó por los problemas que había con los olivos, y cómo se iban aplicando las recomendaciones que durante su estancia en Mora hizo.

Hay otra fecha, 1912, que cerró el capítulo de la plaga debido a la aplicación de otro gran remedio: un insecticida que ya había dado muy buenos resultados con el *piojo rojo* de los naranjos y limoneros. Nos referimos al gas cianhídrico. En aquellos años, después de la primera experiencia en Mora, Leandro se informó muy bien del insecticida que se empleaba en la plaga que se extendía por todo el levante y sur de España con los cítricos, y viendo los excelente resultados de aniquilación prácticamente total, pensó que, adaptado a las características del olivo, este procedimiento podía ser mucho más eficaz y duradero que todo lo que se venía haciendo desde 1908, aunque los resultados eran buenos y la plaga estaba bastante controlada. En esta segunda ocasión, Leandro vino a Mora acompañado de nuevo por Ramón Rodríguez, y también por

Antonio de Quintanilla, ingeniero agrónomo como ellos y que jugó un buen papel, dando instrucciones necesarias para la aplicación del nuevo método.

Para llevarlo a cabo había que contar con algunos medios materiales y otros humanos. Se formaba lo que se llamaba una brigada de fumigación. Ésta estaba formada por un capataz, un pesador de cianuro, un medidor de ácido y agua y dos colocadores de tiendas. El trabajo consistía en hacer unas tiendas con lona y palos lo suficientemente altos para que cubrieran los olivos. Con unos mástiles más altos que dichos árboles, y unas cuerdas bastante largas atadas a las lonas, se ponía el mástil en posición vertical, y tras esto, con la ayuda de las mencionadas cuerdas, se subía la lona y se montaba la tienda de manera que cubriera totalmente el olivo, dejando una amplia abertura que permitiera entrar y salir de la misma con la mayor facilidad y rapidez posible.

Una vez colocada la tienda y con una mesa de trabajo, que se trasladaba por el olivar o se dejaba fija en un lugar estratégico, se procedía a la fumigación.

El gas cianhídrico se produce de la siguiente manera. En un generador, que es un recipiente de barro cocido, vidriado interiormente y provisto de una tapadera de zinc, cobre o madera pintada con una composición especial que la hace inatacable por los ácidos, se echa agua, y se añade a ésta ácido sulfúrico (nunca al contrario). Una vez realizada esta operación, se añade cianuro potásico (o sódico, que, aunque más caro, al precisar una menor cantidad, es más rentable). De ácido sulfúrico y de cianuro se pone la misma cantidad de cada uno de ellos, siendo tres veces mayor la que se añade de agua. Hecho este trabajo, se abandona la tienda rápidamente, a ser posible conteniendo la respiración, pues el gas cianhídrico es terriblemente tóxico. Hecho esto, se deja actuar el gas durante un periodo de aproximadamente una hora. La forma especial con que la tapadera cubre la vasija permite que el gas cianhídrico salga en chorros descendientes, que se esparcen por toda la tienda y afectan a todo el árbol.

La primera experiencia con este nuevo método tuvo lugar el 3 de febrero de 1912. Era un día lluvioso, y la temperatura, de 11º. Se escogió un olivar, situado en el Morejón, propiedad de Purificación Maestro. Había otros olivares mucho más infectados, pero éste contaba con una casita donde refugiarse de las inclemencias del tiempo, y a su vez se podían colocar la mesa de trabajo y los demás utensilios necesarios bajo techo. La experiencia fue todo un éxito, y casi el cien por cien de los insectos, larvas, etc., dejaron de existir.

A este primer trabajo siguieron otros, todos durante el mes de febrero de aquel lejano 1912: en el olivar de Francisco Ortega, también en el Morejón; en el de Sebastián

Maestro, en la Antigua; en el de Isidro de Ángel, en el Morejón; en el de Sixto Moreno, en el mismo pago; en el de Purificación Maestro, en las Palmillas, y en el de Víctor Vegue, en el Morejón. Todo fue un completo éxito.

El olivo, después de fumigado, era sacudido, poniendo debajo mantas blancas que se llenaban de insectos ya muertos. El sitio más infectado era el de las Palmillas, y si no se hicieron allí más experiencias, fue debido a la lejanía con respecto a Mora (en aquellos tiempos, cualquier distancia que no fuera pequeña llevaba su tiempo recorrerla) y también a la inseguridad del tiempo atmosférico que reinaba en la zona. Unos días después de haber sido fumigados, los olivos se inspeccionaban minuciosamente para ver los resultados, que eran, prácticamente siempre, óptimos, sin que se encontraran insectos vivos.

Esta manera de fumigar los olivares fue en Mora en el primer lugar en que se llevó a cabo, sin que se tengan noticias de que en fechas anteriores se realizara en cualquier otro sitio de España ni en ningún otro país.

Leandro Navarro aconsejó que para llevar a cabo este trabajo y hacerlo bien, incluso en el plano económico, era muy conveniente asociarse, pues al comprar los diversos elementos necesarios para muchos, todo resultaba bastante más barato. En el pueblo había cuatro tiendas de lona para llevar a cabo la fumigación. El Estado, a través del Ministerio de Fomento proporcionó otras veinte más. Las lonas se teñían de negro para poder hacer la fumigación durante el día. La temperatura ambiente no debía ser excesivamente alta, ni tampoco baja. Durante las experiencias, uno de los días se alcanzaron los 24º, y la eficacia en este caso fue también total.

Las demostraciones que se hicieron fueron casi todas a pequeña escala, con no demasiados olivares. Quiso hacerse una con muchos más olivos en el mes de marzo, pero ya para entonces la puesta de huevecillos y el desarrollo del insecto se habían adelantado, pues la temperatura había subido. Hubo que posponer esta prueba hasta el mes de octubre. No obstante, se hizo una fumigación en 191 árboles en un olivar propiedad de Francisco Ortega situado en el lugar denominado Umbría de la Fuente del Duero, escogido porque aquí, al ser la temperatura algo más baja, el desove estaba más retrasado.

A partir de este año, 1912, los olivos de Mora gozaron de buena salud, siguiendo el ciclo de cosechas que se dan en este árbol: años muy buenos, buenos, regulares, malos y muy malos. Esto se encarga ya de marcarlo la naturaleza y la propia capacidad del olivo, que es muy difícil que dos años seguidos traiga una buena cosecha. Lo que desde

entonces tuvo mucha menor influencia, fue la temida plaga de la arañuela, pues los olivos siguieron fumigándose de esta manera durante mucho tiempo. Sabemos que a casa de Fabriciano Rodríguez de Segovia, abuelo de María, Julio, Pablo y Pepe Hidalgo, a mediados de los años veinte del pasado siglo, iban las mujeres a coser las lonas para poder realizar la fumigación. De esta manera pudo Mora superar, con el esfuerzo de todos, esos graves momentos por los que pasaron sus olivares, siempre guiados por ese disciplinado, meticoloso e incansable ingeniero agrónomo que, una vez, hace ya mucho tiempo, fue en algunos momentos vecino de Mora y cambió la historia de los olivares de nuestro pueblo.

Desde este siglo XXI, aún casi en pañales, queremos volver la vista atrás, y retroceder estos cien años transcurridos desde aquel niño, siglo XX, y con todo nuestro agradecimiento, rendir un sincero y merecido homenaje a Leandro Navarro en particular, y a todos aquellos morachos y morachas en general, que con su trabajo y su fe en los procedimientos que el gran ingeniero agrónomo utilizó para poner remedio a la enfermedad, fueron capaces de sacar adelante algo que, al subir a la Antigua, o al Morejón, o al Castillo, y extender, desde allí, la vista hacia el horizonte, ilumina nuestro espíritu y nos llena de emoción y de orgullo: nuestros queridos, vigorosos y sanos, olivos

Quiero mostrar todo mi agradecimiento a cuantos trabajan en el Ayuntamiento de Mora por la ayuda que en todo momento me han prestado, así como también a los que dirigen la Sociedad Protectora, que me abrieron sus archivos. Gracias también a aquellos morachos y morachas que me dieron informaciones precisas. Igualmente, hemos recibido datos del Archivo de Tarazona (Zaragoza) y del Archivo de Madrid.

A todos muchísimas gracias.

Libros consultados: *La plaga de los olivares y Fumigación con el ácido cianhídrico*, ambos editados por el Ministerio de Fomento en 1924 y 1912, respectivamente, y escritos por Leandro Navarro Pérez.

APÉNDICE

Pago de Las Palmillas, situado entre el camino del puerto de la Sima y el puerto de la Jara

<u>PROPIETARIOS</u>	<u>NÚMERO DE OLIVOS</u>
Sixto Ruiz Galán	326
Ignacio Martín Pintado	80
Úrsula Salamanca	90
Florencio Arce	80
Tomasa Díaz (o Tomás Herrero)	140
Galo Cervigón.....	209
Victoriano Martín Villamuelas	50
Antonio de Mora Granados	50
Crisógono de Mora Granados.....	50
Pablo Castro.....	160
Petra Rodríguez de Segovia	60
Cecilio Redondo	300
Doroteo Redondo	200
Herederos de Petronilo Díaz Bernardo.....	60
José Herrero.....	183
Casimiro Fernández Marcote	35
Higinio Nieto (vecino de Manzaneque)	330
Estanislao Jiménez Cabeza	160
Pedro Rodríguez Isla	53
Esteban Marín.....	68
Ambrosio Gómez	480
Ambrosio Hierro	175
Fortunato Díaz	80
María Fernández Cabrera	80
Antonio Sánchez Garrido	80
Manuel Fernández Cabrera	215
Braulia Núñez.....	100
Amós Díaz	40
Heriberto Ruiz y Galán.....	130
Jesús Marcote	248
Mariano Tapia.....	830
Purificación Maestro.....	1.227
Antolín Rey de Viñas	130
Marcelo Cifuentes.....	124
Julián Casero	70
Bernarda Rodríguez	25
Carmelo López Terradas	50

<u>PROPIETARIOS</u>	<u>NÚMERO DE OLIVOS</u>
Fermín Sánchez Cano.....	64
Pedro Velázquez	50
Alejandro Fernández.....	225
José Antolí.....	95
Francisco Millas	225
Plácido Álvarez.....	635
Patrocinio Millas	340
Pablo Jiménez Cano	84
Felipa Cogolludo	200
Manuel Maestro Muñoz	250
Leonardo Tejada	96
Emilio Benéitez	200
Manuel Martín del Campo.....	300
José Laveissiere.....	500
Juan de Dios Redondo Marín.....	50
Justo Álvarez	60
Felipe Salamanca	70
Serafín Villarrubia	60
Saturnino Méndez	100
Viuda de Felipe Martín Villamuelas.....	6
Juan Manuel Martín Villamuelas	38
C. Martín Sánchez.....	27
Ambrosio Contreras.....	177
José Cabañas.....	95
Alfonso Aponte	95
Pablo Aponte	146
Francisco Peña	200
Cipriano Villarrubia.....	400
Pedro Regalado.....	500
Marcelino Cifuentes.....	100
Mariano Tapia.....	400
Alejo Martín Tadeo	100
Plácido Álvarez.....	60
José Maestro Muñoz	340
Adrián Maestro Muñoz.....	170
Eustaquio García Donas.....	50
Francisco Sánchez.....	100
Eloísa Ruiz Tapiador.....	100
Felicia Gómez de Zamora	100
Francisco Ortega	200
Arturo Fernández Cañaveral.....	70
Cecilio Gómez Pintado	60
Domingo Gómez Pintado.....	60
Doroteo Sánchez Cano	130
Nicolás Ramírez	40
Gregorio Ortega.....	50

<u>PROPIETARIOS</u>	<u>NÚMERO DE OLIVOS</u>
Cándida Villarrubia	50
Ruperto Ramírez	100
Francisco Jiménez	600
Andrés Pintado	150
Pedro Antonio Carrillo	150
Antonia Delgado	150
Vidal García Paredes	270
Felipe Sánchez Cogolludo	200
Domingo Gómez	100
Victoriano Gómez	100
Herederos de Petronilo Díaz Bernardo.....	45
Purificación Martín Maestro.....	300
Manuel Martín Maestro	300
Helí Gómez del Campo	400
Sebastián Martín Maestro	100
Juan A. de Contreras.....	500
Andrés Contreras.....	200
Toribio Mora Granados	50
Lucía López Abad	200
Loreto Cabrera	300
Rufina Téllez.....	600
Mariano Gómez Pintado.....	140
Calixto Moreno	190
Federico Fernández Marcote.....	140
Fructuoso García.....	150
Fructuoso Rodríguez.....	50
Manuel Arias.....	240
Manuel Maestro	250
Feliciano López Ocón	50
Fulgencio López del Campo	200
Augusto Ruiz Tapiador	50
Carlos Cogolludo	237
Eloísa Jiménez Cano	100
Gervasio Baeza.....	89
Jerónimo Ángel	79
Nicolasa Ramírez.....	65
Valentina Redondo	84
Tomás Sánchez Cogolludo	72
Salustiano Vegue	69
Patricio Díaz Cañaveral	60
Valentín Gálvez	80
Pedro Fogeda.....	82
Helí Gómez del Campo	97
Lucio Álvarez.....	87
Juan de Mata Lumbreras	50
Santos Lillo.....	40

<u>PROPIETARIOS</u>	<u>NÚMERO DE OLIVOS</u>
Lucas López Abad.....	80
María de la Cruz.....	55
Julián Gómez de la Parra	14
Ángel Gómez del Pulgar.....	16
Hilario Martín.....	30